

# Un mundo enajenado. Elementos para una analítica corporal en la obra de Revueltas

Jorge Fuentes Morúa

Revueltas reconoció que su literatura estaba impregnada de imágenes dotadas de fuertes referencias al “lado moridor”<sup>1</sup> inherente a todas las manifestaciones de la humana existencia. Los personajes pueden distinguirse, hasta clasificarse según sus carencias, para empezar las físicas y luego las morales. Además, la acción de estos individuos baldados física y/o moralmente, desata un conjunto de relaciones interpersonales y de grupo que ponen de manifiesto la incapacidad de la percepción, del pensamiento y del lenguaje, tanto para comprender la realidad exterior, como para lograr la comunicación humana.

207

Todo empieza en los cuerpos, entidades sufrientes, dolientes; el padecimiento no es descrito en forma abstracta, inmaterial o vaga, sino mediante una fisiología analítica esclarecedora de la corrupción de los cuerpos vistos con ojos de anatomista y fisiólogo.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> “Lado moridor”: este planteamiento lo desarrolló Revueltas a propósito de su estancia en un leproso. Revueltas acuñó la noción, “lado moridor” en el escrito “A propósito de los muros de agua” (1961). Conviene recordar que este escrito narra una experiencia terrible: la visita a un leproso. Tal hecho originó una reflexión notable sobre realismo mexicano o el realismo dialéctico de Revueltas, *Los muros de agua*, p. 19. Evodio Escalante desarrolló esta cuestión en su investigación: *José Revueltas: una literatura “del lado moridor”*. Esta investigación analizó la influencia de la filosofía engelsiana en el pensamiento de Revueltas. Dicho señalamiento es importante, pues en los años treinta y cuarentas, la filosofía fundamental para los marxistas se localizaba en los escritos de Federico Engels.

<sup>2</sup> Tal vez haya influido en la configuración de este interés el que Revueltas, apenas niño, tuvo la experiencia que dejó huella honda, incursionó en el anfiteatro del Hospital General:

“Ya dentro del pabellón nos detenemos, sin fuerzas y sin el menor impulso o intención de continuar, ante lo que nuestros ojos contemplan, mientras un olor raro, nunca percibido, se nos pega a la garganta.

Hay una media docena de gruesas y toscas planchas de cemento y encima de ellas otros tantos cadáveres de hombres y mujeres.

Mis impresiones son harto singulares. Horror, ante todo. Pero también un aturdimiento, algo que me rodea como una amnesia, me aísla, me insensibiliza y me permite examinar con ávida exactitud todos los detalles. Un aspecto, entre los demás, me sorprende como lo menos esperado y provoca en mi espíritu un sufrimiento agudo, sin consuelo, una sensación de atrocidad y de crimen, en que apenas puedo contener los sollozos que se agolpan en mi pecho. Las posiciones. Los

La estupefacción al encarar a la muerte fue tan poderosa como su fascinación ante la vida; por ello, las funciones esenciales, los órganos y sentidos básicos son estrujados uno por uno: la piel, los genitales, las extremidades, los ojos, la boca, los dientes, la garganta, el sistema nervioso, pulmones, senos, olfato. El conjunto escasamente armónico, de un cuerpo que progresivamente se desgaja, arrastrando en su descomposición, la realidad circundante. El proceso corrosivo ha podido minar órganos y funciones, logra dañar el sistema nervioso, el cerebro, convirtiendo un hecho minúsculo intrascendente hasta invisible, en un complejo movimiento que pasa por el sufrimiento y el dolor hasta alcanzar la destrucción del cuerpo y la muerte del individuo; es el caso del “Temblorino” cuyo sistema nervioso ha sido diezclado por la sífilis que al

de atrocidad y de crimen, en que apenas puedo contener los sollozos que se agolpan en mi pecho. Las posiciones. Los cuerpos están ahí de cualquier modo, retorcidos, atravesados, con las piernas abiertas que cuelgan fuera de las planchas y las cabezas como quebradas hacia arriba, con la nuca sobre algún hombro —tal como se las habían sujetado durante la trepanación del cráneo al realizar la autopsia, pienso hoy—, inhumanos y absurdos, al modo que cayeran ahí, arrojados por los *muerteros*. Un líquido viscoso cubre las planchas, por debajo de los cuerpos, y escurre gota a gota hacia el suelo donde se han formado pequeños charcos de una especie de aceite amarillento y oscuro. Después he sabido que se trata del formol con que saturan por dentro el cuerpo de los cadáveres para que no se descompongan. Los muslos, el torso, el pecho de estos cuerpos, tienen una tonalidad intensa y fija, a fuerza de ser natural, que si la examina uno con detenimiento no consiste sino únicamente en la falta total de color: sólo una vaga sombra azulada y distante que parece avanza, mientras se esfuma en los bordes, desde el fondo de la piel.” Cf. *Las evocaciones requeridas* I, pp. 56 y 57.

La profundidad de esta experiencia se aprecia al considerar la fecha en que Revueltas inició la redacción de *Las evocaciones requeridas* (1962). Asimismo se considera que fueron publicadas en revistas distintas a lo largo de diez años (1965-1975); la narración reiterada de este acontecimiento, corrobora la huella profunda que dejó esta visión alucinante. El ímpetu literario devoró la experiencia vivida para entregarla posteriormente a la narrativa. Así, en *Las Cenizas*, obra temprana puede leerse:

Los cadáveres duraban mucho tiempo en la tina de ácidos corrosivos sin deshacerse. Eran ahí cuerpos hinchados, cuyas carnes se inflamaban y empezaban a verdear. Los compraban en el hospital, limpios ya, y bien rasurados, pero en la tina aquella se tornaba extremadamente sucio. Las venas azuleaban y la carne comenzaba a moverse, como si tuviese vida propia, autonomía y llena de terribles misterios.

Más tarde aquello reventaba. La carne se agrietaba y parecía una envoltura de papel. Entonces ellos entraban en acción, enfundados los brazos hasta el codo en unos guantes protectores. Oprimían los hombros, los muslos, los omóplatos del cadáver como si los acariciasen. Después quedaban el esqueleto desnudo y la siguiente tarea era romper los tendones, las pequeñas ligaduras orgánicas que lo coordinaban y le daban unidad. Las ventas eran buenas y continuamente recibían pedidos de las universidades, los laboratorios y las academias de medicina. Numerosos estudiantes llegaban hasta el taller para comprar cráneos, costillas, una pelvis o un esternón.” Cf. *Las cenizas*, pp. 189-187.

parecer le provoca crisis epilépticas y locura.<sup>3</sup> Revueltas, lector de Engels,<sup>4</sup> recordó el carácter expansivo de las células; por ello, a la espiroqueta poco le importa la perversidad del “Temblorino” o las aspiraciones beatíficas de Gregorio.<sup>5</sup> El treponema para asegurar su vida, su expansión, somete a su destructividad, tanto a las células del delincuente (“Temblorino”), como a las del santo (Gregorio). Este último ha dado su amor a Epifania, su protectora; sin embargo, ésta le contagia la sífilis, originándole sufrimientos atroces. De este modo se advierte cómo la voluntad, la intención, pueden producir consecuencias diferentes a las deseadas inicialmente. Por eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. La fisiología celular anhelante de vida y las paradojas de la voluntad, la individual y la histórica, fueron descritas claramente por Engels.<sup>6</sup>

Diez años después en una obra fundamental *Los días terrenales*, resurge la experiencia infantil en el texto literario: “la dificultad en el anfiteatro consistía en que se trataba de cadáveres anónimos[...]”, cf. *Los días terrenales*, ed. crítica, p. 62.

<sup>3</sup> Cf. *Los muros de agua*, p. 130.

<sup>4</sup> Engels influyó durante mucho tiempo a José Revueltas; así tanto en sus escritos literarios, como en los políticos se localizan las referencias explícitas. En relación a los primeros recuérdese el dubitativo Jacobo Ponce, lector atento de Engels, cf. *Los errores*, pp. 80-81. Asimismo, “Naturaleza de la independencia nacional”, en *Ensayos sobre México*, p. 59. También en “La revolución mexicana, la creación de un partido popular revolucionario y el movimiento marxista”, en *México: una democracia bárbara*, p. 98.

<sup>5</sup> Gregorio deja de lado la sífilis de Epifania, prostituta pueblerina, expresando su amor y agradecimiento a sabiendas de que contraerá la “enfermedad invisible”, cf. *Los días...* ed. crítica, pp. 142-153.

<sup>6</sup> La narración revueltiana describe detalladamente el poder de las relaciones más allá de la voluntad de los individuos, asimismo, el carácter difusivo, intangible y concreto del mal. En consecuencia, la voluntad individual queda atenazada por paradojas indescifrables. Todo ello muestra la impronta engelsiana:

[...] la concatenación de los procesos naturales: el primero es el descubrimiento de la célula, como unidad de cuya multiplicación y diferenciación se desarrolla todo el cuerpo del vegetal y del animal, de tal modo que no sólo se ha podido establecer que el desarrollo y el crecimiento de todos los organismos superiores son fenómenos sujetos a una sola ley general, sino que, además, la capacidad de variación de la célula, nos señala el camino por el que los organismos pueden cambiar de especie, y por tanto, recorrer una trayectoria superior a la individual [...]

Los fines de los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin propuesto, a la postre encierran eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes.” Cf. F. Engels, “Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, t. III, pp. 383 y 385.

Evodio Escalante, señala aspectos de la influencia engelsiana en la obra de José Revueltas, Cf. *José Revueltas: una literatura “del lado moridor”*, pp. 18, 19 y 27.

La analítica corporal revueltiana describe el trayecto de la erosión de los organismos, señalando cómo además del mismo proceso degenerativo natural, surgen factores que aceleran la descomposición física y moral del individuo. Las adicciones contribuyen a la disminución corporal, mental de los personajes que se ven subyugados por el poder del alcohol. Desde el "Marquesito", adicto a la marihuana y al "polvo" (*Los muros de agua*, 1941), hasta el "Carajo" (*El apando*, 1969) se encuentra la sumisión y la abyección física y moral ocasionada por las drogas que además de mermar la voluntad, destruyen el cuerpo; el "Marquesito" ha perdido los dientes por el consumo de las drogas y el "Carajo" ha convertido sus brazos en diapason de guitarra a raíz de los numerosos cortes hechos por mano propia para intentar la fuga o al menos el escape a la enfermería; pero tal furor contra el cuerpo propio sólo ha dejado breves salidas a la clínica, además de cicatrices numerosas y definitivas. Kitty, la mesera del café de chinos, y Alfonso, el propietario, sostienen una relación cómplice, pues el asiático hizo adicta al opio a la mesera, y éstos opiomanos escapan de la realidad sin necesidad de convocar la violencia y el desgarramiento que acompañan a el "Marquesito" y a el "Carajo" (*El cuadrante de la soledad*, 1950).<sup>7</sup> El alcohol se convierte en verdadero demiurgo en la biografía de numerosos personajes de la narrativa revueltiana. El señor Martínez no sabe cómo ni cuando cometió un asesinato.<sup>8</sup> El "Ciudad Juárez" a pesar de su militancia comunista, tampoco logra vencer el alcohol que subyuga a este militante minero (*Los días terrenales*, 1949).<sup>9</sup> "Elana-no" a pesar de su deformidad física queda aún más distorsionado cuando carece de la ansiada bebida alcohólica (*Los errores*, 1964).<sup>10</sup>

La analítica corporal no retrocede en su camino hasta establecer la relación entre los efectos corporales visibles y, las causas; el hambre es capaz de acallar el llanto del niño huérfano ("Preferencias", 1942; *Dios en la tierra*).<sup>11</sup> Desde ahora conviene plantear el lugar primordial que ocupan los niños en esta narrativa; se anotan algunas propuestas capaces de explicar a los infantes desvalidos, imagen recurrente en esta literatura.<sup>12</sup> La condición femenina es considerada desde su "lado moridor": la prostitución. Ellas padecen irremediamente la enfermedad de la época; ni Epifanía, prostituta campesina, heroína trágica, ángel guardian del dirigente comunista, logró que-

<sup>7</sup> Cf. *Los muros*, pp. 49-51; "El cuadrante de la soledad", en *El cuadrante de la soledad*, p. 76; *El apando*, p. 15.

<sup>8</sup> Señor Martínez, personaje de "El abismo", en *Dios en la tierra*, pp. 123-126.

<sup>9</sup> Cf. *Los días...*, ed. crítica, p. 81.

<sup>10</sup> Cf. *Los errores*, p. 30.

<sup>11</sup> Cf. *Dios en la tierra*, p. 88.

<sup>12</sup> Cf. Raquel Tibol y Juan de la Cabada, "Gachita Amador en *El Machete*", en *Historia y Sociedad*, núm. 10, Suplemento núm. 4, 1967.

dar a salvo de la corrosiva enfermedad. El cuerpo de estas infelices además experimenta la furia del treponema en la misma curación de la enfermedad venérea, cuyo tratamiento en la época era terriblemente doloroso, tanto por el desgarramiento físico, como por el estigma social que acompañaba a los sífilíticos quienes no podían librarse de tal desprecio ni en los dispensarios médicos (*Los días terrenales*).<sup>13</sup> Son víctimas de golpizas brutales, explotadas por chulos sin escrúpulos, quienes prosiguen destruyendo la vida de estas desafortunadas mujeres, marcadas desde su infancia por el desamor de la madre y la debilidad del padre alcohólico. Por ello, Luque (*Los errores*)<sup>14</sup> no puede separarse del perverso Mario Cobián, a pesar de los puñetazos iracundos que convierten su cara en rostro monstruoso. Sin embargo, ella no se separa del padrote bisexual; y su mansedumbre recuerda al “Príncipe”, el perro salvajemente apaleado, quien bañado en sangre se incorpora para lamer los pies de su amo y victimario (*El luto humano*, 1943).<sup>15</sup> La figura repugnante de la “Colombina” no le impide, a pesar de su vestimenta y maquillaje ridículos, ofrecer en medio de la demencia, senil, sus amores de prostituta callejera que aún en medio de la decadencia física y mental, supone tener aptitudes eróticas extraordinarias (*El cuadrante de la soledad*).<sup>16</sup>

Los cristeros para cebar sus pasiones en los cuerpos, deciden amputar el órgano pecaminoso, la lengua, para impedir el deicidio oral (*El luto humano*)<sup>17</sup> surgiendo la fuerza espiritual como fuerza destructiva, que no obstante su celestialidad logra mover a manos criminales que deciden asesinar a un pequeño que no ha sido bautizado (“¿Cuánta será la oscuridad?”, 1944).<sup>18</sup> La religión no es tan etérea como se cree; lejos de ello, tiene una pavorosa fuerza material capaz de asesinar a Rito, el bebé inocente —de él no dependía su bautizo— cuyo cuerpecito inerte es arrojado a las fauces de los puercos. Una vez encendido el frenesí religioso, posee al cuerpo dotándolo de voluntad acerada incapaz de retroceder ante la tortura de los militares, como el cristero ahorcado a pausas por los federales (*El luto humano*);<sup>19</sup> borrando la compasión cristiana haciendo de los hijos de Cristo verdaderos soldados romanos que niegan el agua al sediento —soldados federales—, empalando al maestro

<sup>13</sup> La descripción del dispensario médico es tan vigorosa, que casi puede olerse la enfermedad purulenta, Cf. *Los días...*, ed. crítica, pp. 153, 155 y 157,

<sup>14</sup> *Los errores*, pp. 110-116, 169, 177, 277 y 265.

<sup>15</sup> *El luto humano*, p. 72.

<sup>16</sup> Cf. “El cuadrante de la soledad”, en *op. cit.*, pp. 88, 165.

<sup>17</sup> Las entrañas de los cristeros son de pedernal y sus ojos han quedado cegados por la pasión; por ello con calidez y frialdad amputan la lengua al joven maestro rural. Cf. *El luto humano*, pp. 168-169.

<sup>18</sup> En *Dios en la tierra*, pp. 163-169.

<sup>19</sup> *El luto humano*, pp. 174-175.

quien se atrevió a cumplir la sentencia cristiana dando agua al sediento. Los orificios corporales del maestro rural son usados para su castigo, estacándolo y obligándolo a gritar ¡Viva Cristo Rey!<sup>20</sup> Todas estas pasiones oscuras son narradas por Revueltas en la perspectiva histórica de la guerra cristera ocurrida en México en las décadas de los años veintes y treintas.<sup>21</sup>

212

Hay dos lugares donde el asedio a los cuerpos cobra mayor virulencia: la cárcel y los hospitales. La obra revueltiana de principio a fin describe, analiza y reflexiona sobre una condición humana, esencialmente humana: la situación carcelaria, el presidio, el encierro, la reclusión, la tortura y la disección corporal. Estos suplicios ocurren en la correccional para jóvenes, las Islas Marías, los presidios mexicanos, el búnquer de hormigón donde el comunista Kim es salvajemente torturado por los norteamericanos. Quienes han sido considerados escoria de la sociedad deben pagar por su delito, víctimas de “monos” y “monas” (celadores y verdugos).<sup>22</sup> Estos últimos son los encargados de regular con paciencia y cuidado las dosis de sufrimiento físico, moral, intelectual que cada uno de los cuerpos depositados en el espacio del presidio, rigurosamente cuadrículado, deben recibir.

Pero cada costal de pecados parece condenado inexorablemente al martirio, a la moderna crucifixión médica, no importa de quien se trate. Jovencitas bellas, avejentadas en la vida sexual, pronto deben conocer la auscultación y los instrumentos amenazantes del médico omnipotente (“La palabra sagrada”, 1953);<sup>23</sup> la cánula metálica introducida en las vías urinarias causando dolor pavoroso a quienes con placer, alegremente contrajeron sífilis (*Los días terrenales*);<sup>24</sup> la humanidad y la pobreza de los enfermos reclusos en hospitales públicos, se ve agravada por los uniformes hospitalarios, difícil de distinguirlos de los carcelarios (“¿Por qué?”, 1978).<sup>25</sup> Prudencio, aguerrido

<sup>20</sup> *Dios en la tierra*, pp. 15-16.

<sup>21</sup> Para estudiar estos años violentos, véase Jean Meyers, *La Cristiada*. Nicolás Larín, *La rebelión de los cristeros*.

<sup>22</sup> “En las cárceles del norte”, en *Las evocaciones...I*, pp. 71-96; “El quebranto”, en *Las cenizas*, narra la situación en un reformatorio para menores, pp. 33-65; *Los muros...* y “Hacia las Islas Marías”, en *Las evocaciones...I*, p. 71; *Los motivos de Caín* (1957), prisión y tortura del comunista coreano Kim, víctima de soldados norteamericanos. Cf. *Los motivos de Caín*, p. 109; *El apando*, pp. 11 y 20.

<sup>23</sup> “Pero después de haberla examinado — Alicia casi sentía el frío metálico de los instrumentos y ese ruido que uno, horizontal sobre la plancha, no ve, el ruido de aquella persona mal educada que hace chocar los cuchillos y los tenedores en la mesa, a la hora de comer—, después de haberse inclinado sobre ella con sus potros de níquel en las manos, lo veía malicioso, burlón, con un brillo de deseo en las pupilas. Un médico, un sacerdote de confianza”, “La palabra sagrada”, en *Dormir en tierra*, p. 25.

<sup>24</sup> *Los días...*, ed. crítica, p. 154.

<sup>25</sup> *Las cenizas*, p. 239

do comunista, termina enloquecido en el hospital de las Islas Marías, aunque a decir verdad, era difícil saber cuáles padecimientos —los del alma o del cuerpo— convertían a los presos en víctimas de una doble reclusión, la del penal mariano y la del hospital isleño (*Los muros de agua*);<sup>26</sup> la democrática enfermedad no olvida ofrecer la pasión sufriente al avaro perverso que se ve auscultado periódicamente por el doctor Menchaca (*En algún valle de lágrimas*, 1956).<sup>27</sup> Revueltas articuló recurrentemente el relato autobiográfico con su narrativa; él figura en pasajes de obras esenciales: *El luto humano*, *Los días terrenales*, *Los errores*.<sup>28</sup> En estas obras su estampa es activa y combatiente. Sin embargo, en “Cama 11” (1965), narra su crucifixión en la plancha de un hospital moderno, el sufrimiento de su cuerpo flagelado no por las viejas armas de la soldadesca romana, sino por los instrumentos de acero inoxidable empleados por la ciencia médica que mediante el sufrimiento seguro, promete al cuerpo diferir su cita con la muerte. Pero no es posible criticar a la dolencia por carecer de espíritu plural; por ello, Revueltas describe los orígenes sociales distintos

213

<sup>26</sup> “Replicó la campana del hospital anunciando el nuevo ingreso, con lo que todos los enfermos asomaron sus rostros flacos para inquirir a través de las ventanas. Parecían locos. Aunque en efecto, todos los enfermos de hospital tienen cierto aspecto de locos, de gente no cabal ni equilibrada. Las manos se alargan, los ojos crecen y las uñas se les vuelven pálidas y amarillentas”, *Los muros*, pp. 159-160.

<sup>27</sup> *En algún valle de lágrimas*, p. 15.

<sup>28</sup> En estas obras, José Revueltas aparece con nombre y apellido: en *El luto humano*, p. 113; *Los días...*, p. 18; *Los errores*, p. 214. Asimismo, es indudable la semejanza de Jacobo Ponce con múltiples pasajes de la vida de Revueltas. Tal conclusión se deduce mediante el cotejo de algunos capítulos de *Los errores*: VII, VIII, IX, X, XIII, XV, XVI, XVII, XX, XXI, XXIII, y XXIV, con fragmentos de *Las Evocaciones...*, pp. 11, 158 y 115. Expertos en investigaciones literarias han puesto de relieve la relación que sostuvo Revueltas entre literatura y su experiencia vivida; asimismo desde sus letras iniciales, Revueltas decidió la biografía autocrítica. Ruffinelli testificó la relación entre autobiografía y narrativa en dos cuentos: “El quebranto” y “La conjetura” (*Dios en la tierra*); cf. Jorge Ruffinelli, *José Revueltas; ficción, política y verdad*, pp. 20 y 67. El propio Revueltas explicó la razón de su intervención: “La aparición de mi nombre como personaje novelístico es para darle una data histórica”, *Los días...*, ed. crítica, p. 180, nota 18. Pero no sólo Revueltas figuró de manera directa, también mediante asociación de personajes anunció la referencia histórica y mediante ésta su presencia en algún personaje de la narración. En *Los muros...*, así ocurre cuando se describe la cuerda hacia las Islas Marías, p. 33; cotejando dicha página con *Evocaciones...*, pp. 71, 77, 78, 92 y 95, queda claro que uno de los jovencitos es Revueltas. Estas afirmaciones adquieren fundamentación histórica mediante el análisis hemerográfico: Cf. “la represión en marcha”, en *Defensa Roja*, órgano de la Sección Mexicana del S.R.L., núm. 6, noviembre 1932, p. 8. “Deportados a las Islas Marías en las Islas Marías en vez de ‘salario mínimo’”, en *El Machete*, núm. 291, mayo 10, 1934, primera palana: “la situación de los deportados a las Islas Marías es horrible. ¡Urge salvarlos!”, en *El Machete*, núm. 298, julio 30, 1934, primera plana. Se ha usado la edición facsimilar: *El Machete ilegal, 1929-1934*.

de sus camaradas, esta vez no de partido, sino de achaques: “el señor V”, contador público; “Toño”, un obrero de fábrica; “Moctezuma II”, indígena humilde (*Material de los sueños*, 1974).<sup>29</sup> El cuerpo sometido siempre a su fragilidad, caducidad, en los modernos quirófanos de la ciudad de México (“Cama 11”) y/o en la magra enfermería de un modesto barco, al parecer mexicano, donde “[...] las enfermedades se catalogaban con mucha simpleza: paludismo o sarna. Fuera de ellas no se daba un caso distinto, o mejor, los casos distintos, el escorbuto, la pelagra, eran únicamente la muerte”.<sup>30</sup>

214

Si la distinción cartesiana tuvo como finalidad establecer ideas claras y distintas, a la desarticulación corporal revueltiana le interesa fijar la capacidad y el alcance de la percepción corporal. En consecuencia, no permitió a su disección dejar fuera ninguna expresión de la humana fisiología. Por tanto, para reconocer al hombre como un “ángel sucio”,<sup>31</sup> es imprescindible recordar la capacidad de este ser angelical para producir actos heroicos, arte, teoría y política, pero también la inexorable identidad que existe entre todos los hombres mediante su capacidad para producir detritus, materia fecal, defecar. Este principio de identidad —“Defeco, luego existo”—<sup>32</sup> permite descubrir que el rito defecatorio puede efectuarse con placer<sup>33</sup> o con dolor<sup>34</sup> y que aún esta función repugnante, aunque inexorable, también está marcada por una situación de clase, originando el ejercicio individualizado de esta actividad consustancial a la humana naturaleza. Por ello, el funcionamiento particularizado de esta necesidad puede efectuarse en cómodo inodoro<sup>35</sup> o en el basurero,<sup>36</sup> es decir, un principio de determinación social inunda hasta los espacios más recónditos donde se expresa una relación de dependencia entre la pertenencia social y la posición defecatoria. Es el caso de la prisión que enloquece a los hombres hasta el punto de convertir las heces repugnantes en extraño juguete, pestilentemente alegre y lúdico.<sup>37</sup>

<sup>29</sup> “Cama 11. Relato autobiográfico”, en *Material de los sueños*, pp. 36-37 y 44-48.

<sup>30</sup> Cf. “La conjetura”, en *Dios en la tierra*, p. 41.

<sup>31</sup> Es un obrero, el “ángel sucio”, ángel protector, antítesis del ángel asesino (Mario Cobián), *Los errores*, pp. 138, 174, 175 y 176.

<sup>32</sup> *Los Días...*, ed. crítica, p. 98.

<sup>33</sup> Vitorino, *Los errores*, p. 60.

<sup>34</sup> Don Ángel (“Moctezuma II”), “Cama 11...”, pp. 44-45.

<sup>35</sup> El avaro, *En algún valle de lágrimas*, p. 19.

<sup>36</sup> El agitador comunista “había pisado algo blando y viscoso entre los desperdicios del tiradero”, *Los días...*, ed. crítica, p. 93; E. Escalante, *op. cit.*, pp. 73-91.

<sup>37</sup> Los prisioneros ejecutaron un extraño juego con las heces, cf. *Los muros*, pp. 54-55.



La materialidad humana ha perdido densidad al producir orina; sin embargo, esta excrecencia no obstante su levedad, es también despótica e impone su férula a todos aprovechando cualquier flaqueza, senilidad o miedo:

De pronto sintió que esta evocación lo mortificaba más de lo que supuso al principio: parecía instalarse en su bajo vientre la memoria física de aquel dolorcito, aquel dolorcito lleno de impaciencia, en la base inferior del pene, por dentro, cuando retenía la orina durante horas enteras en espera del combate.

Muchos —él entre ellos— bebían una cantidad espantosa de agua en sus casas, antes de ir a la escuela, y después en la propia escuela, terminado el encuentro de las once, durante el recreo, para estar dispuestos al segundo encuentro a la una de la tarde, que se desarrollaba en el callejón de Lecheras, una rinconada próxima al edificio escolar.

215

Un recuerdo no muy agradable a estas alturas, se dijo, cuando menos un recuerdo físico que le causaba inquietud. A ese juego tonto —lo llamaban en la escuela el juego de “los espadaños”, se acordó inesperadamente—, a tal estupidez de su infancia quizá se debiera aquello que le dijo el doctor Menchaca, a través de sus espantados espejuelos, acerca de un debilitamiento del esfínter que podía llegar a convertirse en una lamentable incontinencia de orina; ese doctor Menchaca, que daba la impresión de empeñarse deliberadamente en hacerlo sufrir con sus predicciones.<sup>38</sup>

La deyección urinaria manifiesta el terror de quienes intimidados por las circunstancias han perdido el control de sus facultades y sentidos básicos. Es el caso del soldado México-estadounidense (chicano) quien ha sido sorprendido por una oficial anglosajona; ella pudo descubrir el nexo secreto establecido entre el soldado Mendoza y Kim el combatiente comunista coreano, capturado y torturado en el escenario propio de la guerra en Corea:

Un desfallecimiento orgánico definitivo se había apoderado de Jack y su miedo era de esos que sólo se experimentan en las pesadillas, pero que en la vida real no tienen nombre. Ya no se recataba de temblar entre Jéssica y que ésta advirtiera el entrecocar ruidoso de sus dientes y ese baile autónomo, de marionetas enloquecidas, de sus piernas. Lo horrible era que, al mismo tiempo, estaba sonriendo con los labios y una risita lamentable, histérica, le salía de la garganta, sin que él pudiera hacer nada, nada en la vida, para evitar todo aquello. Nada en absoluto, pues había perdido la dirección de su propia persona. Tenía el aspecto de un idiota y luego esa risita aterrorizada y patética, que era lo más humillante del mundo, pero que Jack soportaba sin avergonzarse, sin dolerse de sí mismo, senilmente sin voluntad, abandonado. No pudo contenerse y sintió que se orinaba, mojóndose

<sup>38</sup> Cf. *En algún valle*, pp. 36-37.

A Sebastián, un mulatito apodado *Carboncillo*, el profesor le aplicaba muy frecuentemente tal suplicio. *Carboncillo* hacía divertidas muecas, terminando por llorar y orinarse las pantorrillas cenicientas, todo lo cual provocaba en sus compañeros una actitud de burla a la vez que de remota compasión. *Carboncillo* había repetido el año anterior y por esta razón los maestros lo hostilizaban y castigaban duramente[...]”<sup>40</sup>

216 El soldado de origen mexicano se encuentra en medio de una guerra asiática que en muchos sentidos le es ajena, sobre todo cuando se ve subordinado y atemorizado por soldados anglosajones y en manos de una mujer, oficial de mayor rango que él, lesbiana rabiosamente anticomunista y cruel. Por otro lado, “Carboncillo” personifica todas las desventajas sociales: un niño pobre, becado en el Colegio Alemán, pues su padre había sido conserje de esa escuela. Además, Sebastián, tal es el nombre de “Carboncillo”, ve agravada su penuria social por su deficiencia escolar y por una situación irremediable de la que él es inocente enteramente. Es un niño mulato inscrito en un colegio donde predominaban las personas de tez clara y con un árbol genealógico —imaginario o real— europeizante. Es importante advertir la sensibilidad del escritor al emplear un poderoso recurso, situar a estos personajes: en medio del racismo, nítido o soterrado. En efecto, para un soldado descendiente de mexicanos, las cosas no eran fáciles en los años cincuentas, a pesar de que en esa década y en la precedente reinició la migración mexicana hacia Estados Unidos. Por otra parte, parece difícil cuestionar el trauma mexicano —característico de algunos estratos sociales— deseoso de “blanquear la sangre”; este síntoma refleja claramente cierto tipo de racismo que en los años treinta se vio agravado por el ascenso del nacionalsocialismo<sup>41</sup> y debido a que la sociedad mexicana contenía numerosas rémoras porfirianas. De este modo, *Revueltas* da testimonio temprano de un asunto que tendría lugar en sus preocupaciones: el racismo.

“Colegio Alemán”, trabajo redactado hacia el final de la década de los años treinta, ya manifiesta la preocupación por la desventaja de una cualidad ostensiblemente corporal: la pigmentación de la piel, el color, el pelo, en suma, la raza. En el escritor perseveró la tribulación por el racismo. Así en “Israel” (1947), obra teatral, retomó el motivo en cuestión: el racismo en un lugar marcado por la pasión segregacionista, al parecer Texas:

<sup>40</sup> “El colegio alemán”, en *Las cenizas*, p. 167.

<sup>41</sup> Sobre la expansión nazi en América Latina, *op. cit.*, Adolfo Tejera, *Penetración nazi en América Latina*.

[...] JIMMY (*impaciente*): La Corte no piensa en Dios, Jonathan. A cosas como la Corte les está prohibido pensar verdaderamente en Dios, aunque siempre lo invoquen antes de leer la sentencia condenatoria de un inocente. Ellos tienen en las manos todo cuanto es preciso para perdernos. Basta que sean ustedes negros y yo mexicano, para que todo lo demás se les haga fácil, la silla eléctrica o Sing Sing. O lo que es peor: el lynch. L-y-n-ch. ¿Sencillo, eh? Apenas una palabra de cuatro letras... ¡Creeme, Jonathan, estamos perdidos: [...]!<sup>42</sup>

Revueltas guardó distancia frente al maniqueísmo; por ello, pocos años antes de su muerte volvió a tomar la cuestión del racismo en “Hegel y Yo”, del modo siguiente:

217

[...] El negro aquel se empeñaba en no bajar de la *guagua*, el camión de pasajeros entre Balboa y Panamá, la ciudad. Echaba la cabeza hacia atrás, con el mentón apuntando a lo alto, desafiante pero ya vencido de antemano, heroicamente seguro de la derrota, con una cólera desarmada y vacía en medio de la distraída, inatenta indiferencia de aquellos blancos panameños del camión. “¡Conozco mis derechos, no pueden obligarme a bajar, soy un ciudadano de Panamá igual que cualquier otro!” Bueno, más bien semiblancos, lo que quiere decir seminegros, empleados en las oficinas de la zona, nativos, en una palabra, que ya comenzaban a impacientarse pues el chofer se había negado a continuar mientras el negro no bajara. “Baja, negro; te digo que aquí no puede viajá... Po eso hay guagua exclusiva pa lo negro. Esto no es lo tuyo, viejo...” Lo decía de espaldas al negro, sin volverse, encarándolo a través del espejo retrovisor, lo que daba cierta irrealidad a su actitud, como si el negro no existiera. “Mira, negro, que si no te baja, uno de esto caballero tendrá la gentileza de ir a llamá un guardia que te obligue. Mira que te lo pide un negro tan negro como tú, tan bembón como tú” El chofer rió por lo gracioso de su repentina ocurrencia respecto a la negritud de ambos, esa conciencia natural, ese consentimiento mutuo que debía unirlos en la aceptación de su común ser inferior. En efecto, era tan negro, o más, que el negro de la protesta [...]!<sup>43</sup>

Como se ve, no sólo en Estados Unidos los negros son discriminados, también lo son en latinoamérica, y lo que es más trágico, por los propios negros subordinados en cuerpo y alma, víctimas de su propia negritud.

El espectro de los condenados de la tierra rebasa el horizonte de la negritud, pues otros cuerpos también inocentes de su propia configuración deben pagar con sus carnes y huesos su pertenencia a otra raza. El escritor no olvidó desde sus narraciones iniciales como “Barra de Navidad” (1939),

<sup>42</sup> “Israel”, en *El cuadrante...*, p. 49.

<sup>43</sup> “hegel y yo”, en *Material...*, p. 54.

hasta sus últimas obras como “Cama 11”, plantear la vida sufriente, plena de dolor y dureza a la que se han visto sometidos los indígenas durante siglos. Así, en escritos numerosos elaborados entre 1939 y 1973, es decir, durante más de treinta años se advierte la impronta del indígena: *Los muros de agua*; *El luto humano*; “Dios vivo”; *Los días terrenales*; “El lenguaje de nadie”; *En algún valle de lágrimas*; *Tierra y libertad*; *Los errores*; “Cama 11”.<sup>44</sup> La miseria indígena y sus secuelas, enfermedad y fragilidad orgánica, son descritas a partir de un meticuloso recuento de las características físicas de los indígenas pauperizados: pies, ojos, cabellos, suciedad corporal, carnes enjutas, etcétera.

218

Esta aproximación inicial introduce al análisis corporal observable en los escritos revuelbianos. La preocupación por el cuerpo incluye la reflexión sobre el nonato, del feto asociado a la práctica del aborto. La figura fetal propicia la meditación sobre el significado profundo del aborto. Rosario, la heroína comunista de *Los muros de agua*, desde muy joven conoce la violencia familiar, decidida a salvar el honor antes que permitir una madre soltera:

[...] Rosario experimentó, de súbito, como si un cielo enormemente claro se abriera sobre su cabeza. El dolor se fue mitigando como si lo envolviera en materias afelpadas. Después del sueño.

¿Cuánto tiempo permaneció dormida? ¡Nadie podría decirlo...! Las sábanas estaban blancas y frías, al despertar.

Y el vientre distendido, sin nada.

¡Sin nada!

Entonces, ¿la habían hecho abortar?

Aquella madre sin fruto empezó a gritar con todas sus entrañas. Se palpó el vientre con deseos de adivinar su cuerpo. ¡Nada! ¡Un vientre vacío! Lo estrujó entre sus manos. Pero era imposible. Imposible del todo. Un vientre vacío y flojo.

“¡Damián, Damián!”, pero nadie respondía, sino voces turbias: “Por el honor de la familia.” “Por el honor de la familia”.<sup>45</sup>

Por su parte la “Borrada” recurre a los abortivos tradicionales para impedir el nacimiento de los descendientes de Adán:

<sup>44</sup> Cf. *Los muros...*, p. 198; “Barra de Navidad”, en *Dios en la tierra*, pp. 49-54; *El luto humano*, p. 161; “El dios vivo”, en *Dios en la tierra*, pp. 145-150; *Los días terrenales*, ed. crítica, pp. 12, 15, 20-22; “El lenguaje de nadie”, en *Dormir en tierra*, pp. 81-92; *En algún valle de lágrimas*, pp. 74, 75 y 86; *Tierra y Libertad*. Guión cinematográfico, pp. 31-32; *Los errores*, pp. 55-56; “Cama 11”, en op. cit., pp. 38-41.

<sup>45</sup> Cf. *Los muros...*, p. 42.

“Después del casamiento, la Borrada iba con cierta regularidad a la casa de doña Demetria, donde ingería extraños bebedizos, permaneciendo ahí. Era preciso evitar la descendencia. Cuando regresaba al lado de Adán otra vez sus ojos volvíanse libres y tranquilos.

Con esto no nace el indino —repetía ña Demetria, mientras preparaba el bebedizo—; con esto no nace el hijo.<sup>46</sup>

La curandera indígena asegura a la “Borrada”, bella mestiza quien probablemente representa al mestizaje mexicano, que no habrá hijos, pues por su propia voluntad ha decidido inhibir su descendencia. Mediante estas figuras, la “Borrada” y la curandera indígena conocedoras de los abortivos autóctonos y naturales, Revueltas buscó simbolizar el carácter destructivo, mortuorio que anida en las propias entrañas de la nación mexicana.

Eusebio, al parecer hermano de Graciela, sufre la culpa y el desequilibrio mental al enfrentar el embarazo de la amada Graciela, aprovecha su relación con algunos médicos para intentar el aborto: “Lo hago sólo por tratarse de usted, Eusebio —dijo el Cirujano Mayor con unos ojos de furia, negros de violencia—. No está permitido por las leyes. Si ocurre algo usted será el único responsable. Yo soy enemigo de practicar abortos”.<sup>47</sup> Los episodios anteriormente mencionados corresponden a la escritura de la primera mitad de la década de los años cuarentas. No obstante, con anterioridad ya su narrativa plantea esta cuestión. Agustín Domínguez es el personaje sombrío de un cuento: “La Soledad”, publicado por vez primera en *La Voz de México* (1939). Esta narración llena de recursos propios de la cinematografía y de la novela policiaca, plantea la desesperación de una madre embarazada que ha sido contagiada de sífilis por el sombrío Agustín. Ella aterrorizada ante la amenaza de que su hijo pueda nacer ciego, a raíz de la enfermedad, decide matar al nonato a través de una vía peculiar: el suicidio. Esto deja en la locura y el abandono a Domínguez.<sup>48</sup>

Con mirada de obstetra el escritor describe minuciosamente al cuerpecito gelatinoso que flota en un líquido turbio contenido en un vitrolero. Esta extraña curiosidad constituye el principal atractivo de un bazar al que acude el avaró, personaje de *En algún valle de lágrimas*. Este usurero no desea tener hijos, le obsesiona la idea de que pueda engendrar un ser tan repugnante como el pequeño molusco que ha visto en el vitrolero del bazar, esta visión perturbadora le ha producido cierto tipo de impotencia sexual que le

<sup>46</sup> Cf. *El luto humano*, p. 127.

<sup>47</sup> “la caída”, en *Dios en la tierra*, p. 155.

<sup>48</sup> “La soledad”, pp. 110-117.

obliga a expresar su sexualidad sólo con prostitutas, es decir, mediante la intervención monetaria. El egoísta personaje simboliza la enemistad con la vida y ante cualquier manifestación de desinterés, de simpatía generosa. Sólo la codicia da aliento a la vida del mezquino personaje y aún el complejo mecanismo de la reproducción humana le parece repugnante.<sup>49</sup>

220 La escritura revueltiana se ve capturada por un viaje largo a través de los órganos, sentidos y capacidades del ser humano; por ello tuvo la mirada del médico forense para contemplar a los cadáveres, la del patólogo para observar el leproso y la del obstetra para ver los fetos. En esta investigación se afirma que la lectura temprana del joven Marx alertó a Revueltas para desarrollar una exposición literaria que recoge ampliamente la reflexión contenida en *Economía política y filosofía* sobre el carácter natural del hombre y la manera como las facultades humanas son avasalladas hasta la corrupción mortuoria por las condiciones de vida impuestas por el desarrollo capitalista, principalmente en las ciudades industriales.<sup>50</sup>

## Bibliografía

A *La Defensa*. Órgano Socorro Rojo Internacional. (Sección mexicana), núm. 6. México, noviembre, 1932.

*El Machete Ilegal 1929-1934*. Ed. Facsímil. Puebla, UAP, 1975.

ENGELS, Federico, "Ludwin Feurbach y el fin del a filosofía clásica alemana", en Carlos Marx y F. Engels, *Obras escogidas*. Moscú, Progreso, 1974.

<sup>49</sup> Cf. *En algún valle de lágrimas*, pp. 46-48.

<sup>50</sup> No se había considerado con la seriedad requerida, la afirmación que hizo Revueltas sobre la existencia de una traducción pionera de *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, de Marx. Esta traducción existió mostrando que fue en México donde por primera vez se tradujo al castellano la polémica obra del joven Marx. Dicha traducción pionera se denominó: C. Marx, *Economía política y filosofía*. Las ideas expresadas en el trabajo presente, forman parte de una extensa investigación, donde se demuestra la raíz filosófica que a partir del uso que hizo Revueltas de esta traducción pionera, alentó su obra. El texto aludido es: *José Revueltas y su época. Elementos para una historia intelectual*, tesis doctoral que realicé, contando con la valiosa orientación y las opiniones de la doctora Eugenia Revueltas, especialmente en lo concerniente a la relación del pensamiento de J. R. con la literatura rusa; doctor Abelardo Villegas, tutor, planteó observaciones agudas que hicieron posible ubicar múltiples aspectos de esta investigación en el contexto del pensamiento latinoamericano.

*Un mundo enajenado*

ESCALANTE, Evodio, *José Revueltas: una literatura "del lado moridor"*. Zacatecas, UAZ, 1990.

LARIN, Nicolás, *La rebelión de los cristeros*. México, Era, 1968.

MARX, Carlos, *Economía política y filosófica*, Trad. de A. G. Rühle y J. Harari. México, América, 1939.

MEYER, Jean, *La cristiada*. México, Siglo XXI, 1973. 3 vols.

REVUELTAS, José, *Dormir en tierra*. México, Era, 1989. (Obras completas, 9)

221

REVUELTAS, José, "El abismo", en *Dios en la tierra*. México, Era, 1990. (Obras completas, 8)

REVUELTAS, José, *El apando*. México, Era, 1991. (Obras completas, 7)

REVUELTAS, José, *El cuadrante de la soledad*. México, Era, 1991. (Obras completas, 21)

REVUELTAS, José, *El luto humano*. México, Era, 1991. (Obras completas, 2)

REVUELTAS, José, *En algún valle de lágrimas*. México, Era, 1991. (Obras completas, 4)

REVUELTAS, José, "la Revolución mexicana, la creación de un partido popular revolucionario y el movimiento marxista", en *México: una democracia bárbara*. México, Era, 1988. (Obras completas, 16)

REVUELTAS, José, *Las cenizas*. México, Era, 1988. (Obras completas, 11)

REVUELTAS, José, *Las evocaciones requeridas I*. México, Era, 1987. (Obras completas, 25)

REVUELTAS, José, *Las evocaciones requeridas II*. México, Era, 1987. (Obras completas, 26)

REVUELTAS, José, *Los días terrenales*. Ed. crítica. Evodio Escalante, coord. México, CNCA, 1992.

REVUELTAS, José, *Los errores*. México, Era, 1987. (Obras completas, 6)

- REVUELTAS, José, *Los motivos de Caín*. México, Era, 1991. (Obras completas, 5)
- REVUELTAS, José, *Los muros de agua*. México, Era, 1990. (Obras completas, 1)
- REVUELTAS, José, *Material de los sueños*. México, Era, 1990. (Obras completas, 10)
- REVUELTAS, José, "Naturaleza de la Independencia nacional", en *Ensayos sobre México*. México, Era, 1985. (Obras completas, 19)
- 222 REVUELTAS, José, *Tierra y libertad. Guión cinematográfico*. México, Era, 1989. (Obras completas, 23)
- RUFFINELI, Jorge, *José Revueltas: ficción, política y verdad*. Xalapa, Univesidad Veracruzana, 1977.
- TEJERA, A. , *Penetración nazi en América Latina*. Montevideo, Uruguay, Nueva América, 1938.
- TIBOL, Raquel y Juan de la Cabada, "Gachita Amador en *El Machete*", en "Suplemento", núm. 4 de *Historia y Sociedad*, núm. 10, 1967.